

Grandes palabras de la cruz

(primera parte)

Romanos 5.11–21

«Y no sólo esto, sino que también nos gloriamos en Dios por el Señor nuestro Jesucristo, por quien hemos recibido ahora la expiación» (Romanos 5.11; KJV).

«EXPIACIÓN»

No hay nada más maravilloso en toda la historia que la invitación de las Escrituras. Dios nos invita a sondear las profundidades de la cruz. Cuando lo hacemos, nos deja estupefactos el silencio y nos embarga la gratitud.

La expiación, esto es, ser hecho uno solo con Dios, es uno de los grandes temas de la Biblia. Es una verdad que separa al cristianismo de todas las demás religiones. Un día en el tiempo —en la cruz, en la muerte de Jesús— el hombre pecador vio el amor eterno de Dios (Juan 3.16).

El pecado violenta y elimina la santidad. En el pecado, el hombre se separó a sí mismo de un Dios santo. Ningún pecador tiene derecho ni razón de estar en la presencia de Dios. ¿Puede el hombre en pecado ser salvo? Si la respuesta es afirmativa, ¿cómo?, ¿cuándo? y ¿por quién? El pecado es el más grande de todos los problemas, pero

Jesús murió para resolverlo.

Jesús no vino a buscar a los salvos, sino a los perdidos (Lucas 19.10). El Calvario es la increíble revelación de que Dios es un Dios que perdona. ¡La expiación es el regalo de amor de Dios!

La expiación supera nuestra capacidad de comprensión, y de compensación. La fe cree aquello que jamás puede ser entendido. Es mejor aceptar una teología que no podemos entender plenamente, que tragarse una clara explicación al precio de algo que no funciona. No se puede tener verdadera comunión con Dios sin la expiación. Jesús sufrió el castigo que el pecado merecía. Por lo tanto, los pecadores dependen de la crucifixión. Si los pecadores podían haber sido salvos de otro modo, entonces hubiera sido malvado de parte de Dios el haber sacrificado a Su único Hijo. Los acusadores de Jesús dijeron, sin saberlo, una profunda verdad: «A otros salvó; a sí mismo no se puede salvar» (Marcos 15.31; vea Lucas 23.35). Nuestro Señor no tiene quien lo iguale, ni quien pueda ser rival de Él. Él es el León de Judá (Apocalipsis 5.5), pero también es el Cordero de Dios. Nos identificamos más fácilmente con el León. Sin embargo, la victoria no vino por el León, sino por el Cordero (1^{era} Pedro 1.18–19). La gran enseñanza acerca del Cordero se encuentra en Apocalipsis.¹

La palabra «expiación» significa «hacer enmiendas, poner a derecho las cosas, desagraviar a la persona ofendida». La expiación insinúa que «Dios tiene la razón». Dios tiene la razón en cuanto a nuestro problema: el pecado. Tiene la razón en cuanto a la solución: la cruz. La expiación es como un diamante: No podemos verlo todo desde un

¹ Vea Apocalipsis 5.6, 12–13; 6.16; 7.9–10, 14; 12.11; 13.8; 14.1, 4; 21.9; 22.1, 3.

único ángulo. Son errores mayúsculos los que resultan de recalcar algún aspecto de la cruz a expensas de los demás. Jesús murió en una cruz; esto es historia. Jesús murió por mí; esto es salvación. Debemos aprender a creer y a aceptar que Jesús murió por cada uno de nosotros.

LA EXPIACIÓN Y LA JUSTIFICACIÓN

Se ha dicho que Romanos es el centro de las Escrituras, y que Romanos 3.20–26 es el centro de Romanos. En este pasaje, Pablo usó la frase: «... a fin de que él sea el justo, y el que justifica». La expiación se fundamenta en la justicia. La Biblia usa «justificación» y «rectitud» básicamente del mismo modo. Obviamente, uno no puede enseñar sobre la justificación sin justicia. ¿Cómo puede Dios justificar a los culpables? El tiempo y el olvido no hacen desaparecer el pecado. El pecado no puede repararse. Ni siquiera Dios repara el pecado. La pena por el pecado debe pagarse, y el pecado debe castigarse. ¡Jesús lo pagó todo! Por lo tanto, la respuesta de Dios al pecado es la cruz.

Nuestra cultura tropieza con esta verdad (1^{era} Corintios 1.22–25). El hombre no puede verse a sí mismo perdido en el pecado. La doctrina del universalismo dice: «Dios es demasiado bueno para permitir que usted vaya al infierno». Sin embargo, un Dios santo no puede permitir que el pecado quede impune. Dios es un Dios de justicia. ¡No acepte la idea de que «Dios es amoroso y pasará por alto el pecado»! La misericordia no puede engañar a la justicia. Dios no puede disminuir Su condición de Dios. La justicia es un principio más elevado que el del amor sentimental. Lo que la justicia exigía, la gracia suministró. Lo que el hombre no podía hacer, Dios lo hizo en el Hijo del Hombre (Jesús).

La justicia es el centro de la teología bíblica. Creer en

la cruz equivale a aceptar la justicia y a aceptar el infierno. El amor no puede tener sentido aparte de la justicia (la santidad). Sin la justicia, la gracia no es necesaria. Sin la justicia, la cruz no tiene propósito. El amor y la santidad van juntos. Si la culpa no importara, entonces en vano murió Jesús. El pecado debe lavarse, no pasarse por alto (1^{era} Corintios 6.11).

La encarnación de Jesús, por sí sola, no podía salvarnos. La vida perfecta de Cristo no podía salvarnos. Las enseñanzas perfectas de Jesús, por sí solas, no podían salvarnos. Tenía que haber sangre: «... sin derramamiento de sangre no se hace remisión» (Hebreos 9.22). Tenía que haber muerte: «... para que interviniendo muerte» (Hebreos 9.15–17; vea 2.9; Romanos 5.10; Colosenses 1.22).

No fue sólo el amor lo que clavó a Jesús en la cruz; fueron el amor y la justicia. Dios es *justo*. También es el *justificador*. Dios es *recto*. Dios proveyó por gracia lo que el hombre no podía alcanzar por obras de mérito. Esta es la razón por la que Jesús clamó diciendo: «Consumado es», cuando murió en la cruz. «Él pagó una deuda que no debía; yo debía una deuda que no podía pagar».² Jesús, o se salvaba a sí mismo, o nos salvaba a nosotros. Se entregó para salvarnos. El Juez del hombre llegó a ser el Salvador del hombre (Juan 5.22–27).

Por lo tanto, la salvación comienza y termina con la justificación. En Cristo, hemos sido justificados. Hemos pecado, pero Dios nos ha perdonado. La justicia de Dios es tan contraria a nosotros, ¡que incluso toma a los cristianos por sorpresa!

² Autor desconocido, "He Paid a Debt" («Él pagó una deuda»), *Songs of Faith and Praise (Cánticos de fe y alabanza)*, comp. y ed. Alton H. Howard (West Monroe, La.: Howard Publishing Co., 1994).

LA EXPIACIÓN Y LA SUSTITUCIÓN

La cruz que estaba en medio, en el Calvario, no era para Jesús; ¡era para usted y para mí! ¡La crucifixión de Él fue *vicaria, representativa, y sustitutiva!* Cristo recibió una muerte que nosotros debemos morir; y cuando venimos a Él y vivimos en Él, recibimos un perdón que Él proporcionó. Sin sustitución, la cruz es solamente un relato acerca de un hombre valiente que sufrió una terrible muerte. En vista de que nosotros no podemos salvarnos a nosotros mismos, alguien más debe salvarnos si es que vamos a ser salvos.

¿Qué aporté yo a mi salvación? ¡Mi pecado! Jesús es el sustituto perfecto en todo lo que se esperaba que nosotros fuéramos. El Hijo de Dios se convirtió en el Hijo del Hombre, para que los hijos de los hombres pudieran llegar a ser hijos de Dios. La sangre de Cristo fue primero dada *por* nosotros, y luego, cada día es dada *a* nosotros.

¿Puede una persona beneficiarse del sufrimiento y el sacrificio de otra? ¡Por supuesto! La vida misma está llena del concepto de la sustitución. Es lógica, legal y conveniente. El sistema sacrificial del Antiguo Testamento nos enseña esta profunda verdad. El «chivo expiatorio» es el vívido ejemplo. El hermoso capítulo 53 de Isaías, revela la profundidad de la sustitución. La esencia de ese texto es el sacrificio. Jesús es el Cordero inmolado desde la fundación del mundo (Apocalipsis 13.8). Por todas sus páginas, la Biblia afirma la sustitución.³ Jesús fue hecho pecado. Se hizo pecado por nosotros. ¡Nunca hubo más injusticia y justicia que en la cruz!

¿Cómo pueden los injustos ser hechos justos? Nuestra

³ Vea Romanos 5.5–10; Efesios 1.3–13; Filipenses 3.7–10; Hebreos 2.9, 14–17; 7.25; 9.28; 10.10; 12.1–2; 1^{era} Pedro 2.24; 1^{era} Juan 2.1–2.

justicia es una «justicia declarada» (vea Romanos 3.25–26; Filipenses 3.9; Santiago 2.23). Nadie puede declararse justo a sí mismo (Romanos 3.9–10, 20). La justificación por uno mismo es imposible. Es Dios quien justifica (Romanos 8.33), y Él lo hace gratuitamente (Romanos 3.24). Se trata de un regalo. Un regalo debe tener *tanto* un dador *como* un receptor. Un regalo no es un regalo, mientras no sea recibido. Además, un regalo no es un regalo mientras no sea usado. Tenemos un problema de pecado. Jesús como nuestro sustituto, es el Único que puede proveer justicia para nosotros.

Dios no puede pasar por alto el pecado, ni obviarlo. Él llevó nuestro pecado sobre sí mismo y se sentenció a sí mismo por él. La santidad de Dios fue honrada, nuestro pecado ha sido castigado, y aquellos de nosotros que le hayamos obedecido, hemos sido redimidos. Dios ha declarado que los salvos son justos. Esta es una declaración legal (apegada a la ley). Es «justificación justificada».

En este proceso, Dios no está haciendo buena a la gente mala, ni santa a la gente inicua. Los cristianos son fieles; no perfectos. Somos tentados y somos pecadores; no llenamos la medida (Romanos 3.9–12). Los cristianos todavía vivimos en la tierra, en el tiempo y en la carne. Pablo dijo que nada bueno mora en la carne (Romanos 7.18). Los cristianos están en guerra... contra Satanás, contra el pecado y contra el ego. No obstante, los cristianos que andan en luz, están siendo constantemente purificados en la sangre de Cristo (1^{era} Juan 1.7). Dios declara a los cristianos legalmente justos, libres de cualquier deuda con la ley quebrantada, porque Él mismo, en Su Hijo, llevó el castigo. Fuimos bautizados en Cristo, y fuimos revestidos de Él en este acto (Romanos 6.3–4; Gálatas 3.26–27). El ser «declarados justos» hace que cambie, no solamente

nuestro estatus, sino que también hace que cambie gradualmente nuestro carácter y nuestra conducta.

No puede haber justificación sin expiación. La fe obediente recibe lo que la gracia ofrece gratuitamente. La cruz es el misterio insondable de Dios, un amor más grande de lo que nuestras mentes pueden abarcar. En realidad, Dios no es Alguien a quien podamos entender, sino Alguien en quien podemos confiar.

Los críticos del cristianismo aborrecen la sustitución porque magnifica el sacrificio. Sin embargo, la totalidad del concepto de la religión bíblica se basa en el sacrificio. Desde Génesis hasta Apocalipsis, Dios mandó que se hiciera sacrificio por el pecado. Jesús no puede ser reducido a un buen maestro, a un benefactor, o a una simple persona; Él es nuestro sacrificio. Dios es el reconciliador y también el reconciliado. Jesús es el sustituto de la humanidad. No ofreció un animal; se ofreció a sí mismo. El libro de Hebreos revela a Jesús como el sacerdote y el sacrificio incomparables. Un autor expresó: «Cristo nos salva como sacerdote, al ofrecerse a sí mismo como sacrificio por nuestros pecados».⁴ En el Antiguo Testamento, Dios tuvo que ver la sangre sobre los postes de las puertas, para salvar a cada familia cuando Israel se preparaba para salir de Egipto (Éxodo 12.13). Todo el que ha sido rescatado por Dios ha sido, por lo tanto, comprado para Dios. Nuestros cuerpos pertenecen tres veces a Dios: por creación, por redención y por la morada del Espíritu Santo.⁵

⁴ Charles Hodge, *Systematic Theology (Teología sistemática)*, vol. 2 (New York: Scribner, Armstrong, and Co., 1876), 555.

⁵ La forma como Dios vive en el corazón del cristiano (vea Romanos 8.9–11; 1^{era} Corintios 6.19–20).

LA EXPIACIÓN Y LA ADOPCIÓN

Nada en nuestro ministerio es tan emocionante como ayudar a los padres que adoptan un niño. Cuando los documentos de adopción se están firmando, todos nos decimos: «Este niño no sabe cuán bendecido es». El concepto de adopción es un aspecto olvidado del cristianismo. Rara vez hablamos del tema o lo estudiamos.

Hagamos diferente y pensemos en el Espíritu Santo y Su participación en nuestra adopción. Para comenzar, recordemos que nacemos de nuevo del agua y del Espíritu cuando nos hacemos cristianos (Juan 3.3-7). Al ser guiados por el Espíritu, nos hacemos hijos de Dios. Él es el Espíritu de adopción. Él da testimonio a nuestro espíritu (Romanos 8.14-18). Esto nos hace «coherederos con Cristo». Dios desea hijos, no esclavos. Dios, que se mantenía a distancia en el Antiguo Testamento, es «¡Abba, Padre!» para el cristiano. ¡Esta verdad escapa a nuestra comprensión! La redención hace posible la adopción. Al hijo de Dios se le promete que el Espíritu Santo clama, diciendo: «¡Abba, Padre!» en su corazón (Gálatas 4.4-7).

¡Sublime gracia! Por gracia, Dios nos predestinó para la adopción por Jesús. Dios nos ha aceptado en el Amado, esto es, en Jesús. La redención viene por Su sangre. Al obedecer el mensaje de salvación del evangelio, fuimos sellados con el Espíritu Santo de la promesa (Efesios 1.3-14). Este es un versículo «cumbre» de las Escrituras. En él se presenta la base de nuestra fe. Juan reveló el gran amor de Dios: que nosotros los pecadores perdonados podemos ser llamados los hijos de Dios. «¡Ahora somos hijos!», dijo Juan (1^{era} Juan 3.1-2). ¡Qué pensamiento más profundo! ¡Qué gran privilegio! En esta relación observamos el concepto romano de libertad y de lo que implica ser hijo. ¡Libres! ¡Restaurados! ¡Adoptados! ¡Gracias a Dios!

Apelar a Cristo equivale a apelar al sobreseimiento. No podemos ganar solos la batalla de la vida. Dios hace lo que nosotros no podemos hacer, para que podamos ser lo que no nos atrevemos a pensar.

*La cruz...
¡no hay otro camino!*

Autor: Charles B. Hodge, Jr.
©Copyright 2008, 2008, por LA VERDAD PARA HOY
Todos los derechos reservados